

Ludovico ante mortem - post mortem¹

Cuando conocí a Ludovico Silva, en un mes tormentoso de 1961, topé con el poeta. Aquel muchachote de ojos vivos y porte de mosquetero, no hablaba sino de poesía, saltando de San Juan de la Cruz y Góngora a Verlaine, Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé. Años después lo oíría hablar, con igual conocimiento y diestra memoria, de Vallejo y Neruda, Darío y Huidobro. Pero en aquel 1961, en el bar restaurant Olímpico, los del grupo Tabla Redonda creíamos estar en presencia de un enamorado de la poesía del Siglo de Oro y de la Francia espléndida de la segunda mitad del siglo XIX.

Años más tarde, 1964 y 1965, Ludovico Silva fue nuestro compañero de trabajo en las oficinas periodísticas de Caja de Agua, donde Orlando Araujo, a la cabeza del semanario *Qué pasa en Venezuela* y Adriano González León y yo en el compartido comando de *En letra roja*, tratábamos de asumir riesgosamente “la literatura comprometida”. El tema de la violencia estaba en su apogeo, fuese la verbal o la armada, y Ludovico de alguna manera, aunque siempre orgulloso de su ego poético y de su formación cultural atípica, españolizada poéticamente, afrancesadamente bohemia en lo cotidiano y alemana en la inquisición racional, participó en este temblor histórico de los años sesenta.

¹ Sanoja Hernández, Jesús. Presentación en Recital Ludovico Silva. Lectura y selección de textos Luis García Morales. Espacios Unión. Cuadernillo n° 38 (29 de julio de 1999): 5-13.

Venía él de sus crónicas urbanas en *Clarín*, tendenciosamente tituladas “Ludovico a pie” y estaba a punto de sorprender en *El Nacional* con su sección crítica “Belvedere”, heredera de una tradición en la que fueron maestros Alejo Carpentier y Antonio Aparicio, uno con “letra y solfa” y el otro con “Escrito en el aire”. En una de sus entregas hizo Ludovico una definición que la posteridad confirmaría plenamente: él no era número de grupos literarios ni de academia alguna. “Yo soy el que soy” dijo más o menos, y tal verdad fue irrefutable a lo largo de los 24 años de vida que le quedaban. Creo que con el libro de entonces (*Tenebra*, 1964) abrió el archivo de su personalidad única, penetrada de ardor clásico a la vez que acosada por la contemporaneidad. Los versos oscilaban entre desafíos del momento (y de allí *Boom*, que para mí fue un reto momentáneo como “Uranio 235” de Miguel Otero Silva o como aquellos esbozos sobre la bomba H, de Carlos Augusto León) y la textura de su enclave personal, signada cada vez más por la muerte presentida entre la soledad de las clínicas y la insaciable sed de creación y vino.

No por casualidad su poemario *In vino veritas*, escrito entre 1958 y 1974, encarna una simbología vital, cuya expresión refule en los primeros versos: *Tú /entretanto, podrías barrerme el alma, / limpiarme el cuerpo lleno de deseos/ y destápame, por favor, esa botella. / Destápala, anda, chica, / no me dejes solo con mis muertos!* La petición, reiterada en el mismo poema, *Y oye, mi amor, sirve de una vez ese trago*, fue en él letanía. La invocación se repite a lo largo de su obra. Así, en *Beatriz, tráeme un whisky*, o la ginebra pura, *Mátame de una vez/ con mi propia daga*, poema escrito como “testamento” el 23 de mayo de 1979.

La obsesión baudeleriana, Poe en las tabernas de Baltimore, él mismo, elogioso de los alcoholes, el vivir en soledad y la intensa relación entre la bebida y el padre muerto, y la mandolina con que alegraba el alma, discurren a lo largo de su poesía, con su intermitencia de hospitales y clínicas. En este sentido, Ludovico es pariente de la familia a la cual también pertenecieron Orlando Araujo, José Vicente Abreu y Rafael José Muñoz. En *Crónicas de caña y muerte*, Araujo intentó explicar ese matrimonio entre literatura, el vino (como símbolo y realidad) y la muerte, valor ausente el último en la obra de Abreu y que, en cambio, marcó a Muñoz desde su primer libro, *Los pasos de la muerte*. La bohemia penetró de modos desiguales en este cuarteto singular, militantes signados por cárceles y torturas Abreu y Muñoz; arbitrario, violento y expansivo Araujo, asiduo a bares pero a la vez recoleto Ludovico, suerte de brujo de la bivalencia que manejó como pocos el arte combinatorio de la poesía y la abstracción, de la creación pura y el pensamiento metódico (o dialéctico más bien).

Cuando pude, y no fueron pocas las veces, exalté ese poder insólito de Ludovico Silva, que lo empujaba a meterse en las honduras de la poesía, bien con retorno maestro al clasicismo como en *La soledad de Orfeo*, bien en la modernidad como en *Boom*, y entre uno y otro polo, en plena zona ecuatorial de la vida, caliente y ebrio, como en *Piedras y campanas* y las dos primeras partes de *In vino veritas*. Y todavía algo más, en esa especie de santuario donde brillan los iconos de la música y la poesía, y por él mentado, para dar idea de la comunicación de lo terrenal con el cielo o los paraísos, *Pararrayos celestes*.

Poder insólito, repito, compartido con las destrezas de la racionalidad, esa habilidad polémica y aquella aguda penetración filosófica, que lo llevaron, luego de su tránsito por Curtius y Friedrich, por Valéry y Amado Alonso, a descubrir a finales de los sesenta el poder teórico nuclear, destructor de sistemas y mitos, de Marx, del cual bebió mucho, como vino escanciado en taberna filosófica, hasta llegar a extraerle el zumo último: el problema de la alienación y su trama controversial en el marxismo rupturista o renovador cuyas concreciones políticas la constituyeron los movimientos posteriores a 1968.

Precisamente, la década de los sesenta signó a Ludovico Silva, como a los grupos literarios y a los valores emergentes, pero más a él que a éstos, casi como una fatalidad. Y digo que a él más que a nadie porque el choque con el pasado tuvo en él un origen diferente al de los profetas grupales, en primer término; porque su desarraigo adolescente obedeció a razones apolíticas, en segundo término; y porque, tercero en discordia, su formación europea lo acercó al debate o lo distanció de él, según el caso: tan puramente venezolano y hasta latinoamericano y tan propio de las promociones de los “años violentos”.

Ciertamente, aunque Ludovico Silva mantuvo contactos informales con nuestro grupo Tabla Redonda (1962-1963 aproximadamente) y una relación cercana con la revista *Sol cuello cortado*, en la cual fueron sus timoneles su hermano Héctor y Caupolicán Ovalles, jamás perteneció a un grupo literario como tal. Su labor crítica o cronista urbano en *Clarín* y *Qué Pasa en Venezuela* fue puramente individual e individualizante, lo mismo que la sección “Belvedere” de *El Nacional* o su actuación

ejemplar en *Papeles*, la publicación del Ateneo de Caracas. También en esa línea están sus nexos con la revista mexicana *El Corno Emplumado*, Jororowski y Cía., de la cual fue prácticamente su agente literario en Venezuela. Ludovico penetraba en la red de los grupos y revistas pero no se dejaba atrapar por ella, pez de su mar interior, rápido y voraz.

Borracho de literatura y amante de la española, rompió lazos con el país a los 17 años y fue a dar a tierras de Cataluña, las mismas que tocó Salustio González Rincones, y de Castilla, explorando más tarde otras de la Madre Patria. “Desde muy joven -escribió cierta vez- bebí en mi lengua materna”. Frecuentó amigos, jóvenes algunos y estudiantes de Filosofía y Letras, mayores otros. Brotó su admiración por Ortega y Gasset -de quien aprendió sin duda la claridad expositiva- y por Unamuno, a quien heredó en su prosa a ratos emotiva y agónica, y quedó deslumbrado por Jorge Guillén el mayor de los poetas contemporáneos (“de nuestra lengua”). Pasó después a Francia y Alemania, cavando en la primera las minas de Villon, “ser misterioso”, en el siglo XIX de las irreverencias y los desbordamientos, con Rimbaud y Baudelaire, e innovaciones, con Mallarmé y Verlaine, y en el XX, que dejó legados como los de Valéry, Saint-John Perse o Apollinaire. Pero acaso su temprana madurez durante aquel también temprano desarraigo, sufrió el vuelco en Alemania, de cuya poesía se impregnó, profundizando al mismo tiempo en los ensayos y doctoría de Friedrich, el profesor de Filología Románica en su siempre añorada Friburgo de Brisgovia, y Curtius, “el formidable autor de *Literatura europea y Edad Media*”.

De manera que cuando Ludovico tornó a Venezuela, algo después del inicio de la “democracia representativa”, ya estaban formados los primeros núcleos literarios, Sordio y Tabla Redonda, y estaban por nacer otros, como Crítica Contemporánea y El Techo de la Ballena, y en los tres hervían las pasiones ideológicas, inclinados los sordistas hacia la socialdemocracia, los de Tabla Redonda hacia el marxismo militante y los de Crítica Contemporánea hacia el rigor universitario. Ni el acercamiento a esos grupos, como tampoco a los posteriores, indujo a Ludovico Silva a tribalizarse, sino más bien a diferenciarse, en proceso de individuación que más tarde germinaría en un período de revisiones teóricas-el marxismo disidente, con los *Manuscritos* como libro de cabecera- y de afinamiento de la personalidad, donde las controversias adquirieron rango singular: profundidad del discurso con parejo lucimiento estilístico.

Esta etapa de los sesenta puede dividirse, a su vez, en tres períodos ludoviquianos: el de la intensa coexistencia con los grupos donde alternaban la bohemia y la política, la literatura y el desborde vital (como Tabla Redonda y El Techo de la Ballena), que desembocaría en la República del Este; el de su experiencia en *Papeles* y su iniciación en los estudios filosóficos en la UCV, con el maestro por excelencia, García Bacca; y el del contacto con jóvenes profesores como Nuño, Riu y Eduardo Vásquez, antiguos factores de Crítica Contemporánea, y con los cuales polemizaría una vez que se adentrara en el estudio de la obra de Marx.

Poco antes de retornar a Venezuela, todavía Ludovico era un ser trasplantado, añorante de Europa, fuente nutricia y repertorio de saberes. Su “Himno a la catedral

de Friburgo de Brisgovia” lleva fecha de 1960, y precisos lugares de escritura, el propio Friburgo y Buenos Aires. Necesitó el tormentoso reencuentro con el país ya encendido por las polémicas grupales, la magnificación del movimiento estudiantil y los primeros choques armados, para situarse en el campo minado y él mismo y su poesía y su crítica en el campo contaminado. En 1963 ya estaba rodeado de aquella atmósfera inevitable y así pudo dejar constancia, en su poema “Revolución”, de su redescubrimiento: *Descubrir de repente que hemos vivido/ y hallarse en un pasado que ha pasado.*

Ese tramo que unió a 1961 con 1966 lo vio frecuentar los sitios claves de la bohemia del Este de Caracas, que comenzaba en la Plaza Venezuela y terminaba en Chacaíto, con sitios sagrados como el Olímpico, El Gato Pescador, el Munich, El Encuentro, la Cervecería Alemana y La Balandra, y donde más tarde El Viñedo vería brotar los hongos alucinantes de la literatura y la renovación universitaria, para extender su imperio, hoy moribundo en medio de intentos de renacimiento, a la avenida Solano López. Fueron tiempos de sobrevivencia de la Librería Cruz del Sur y de la revitalización de Suma.

Tiempos asimismo de su “Belvedere”, donde alternó la visión de la cultura extranjera (pero nunca extraña) con la que entonces se abría paso en el país. Desfilaron así sus apreciaciones sobre el compromiso y los grupos y sus revistas (por ejemplo, fuera de los ya nombrados: *Trópico 1, En Haa, Axial*), “el reventón teatral”, los poetas ya revelados o con futuro como Cadenas, Calzadilla, Pereira, Acevedo, Palomares, Acosta Bello, Track, Daza, Guédez, Hurtado, Pérez Perdomo, Sucre

(quien además lo había sorprendido con su *Borges, el poeta*) y, desde luego, figuras fatales a la hora del repaso: Ramos Sucre, Gerbasi, Liscano, Sánchez Peláez o Paz Castillo.

Andaba de mano con el hermano, hermanado. Héctor era su ángelus. Había publicado *Arácnidos* y poco a poco uno y otro fueron a dar, por breves horas, a los calabozos de Las Brisas. Héctor, economista, juzgaba como unitaria la dualidad de Ludovico, ebrio a la entrada de la noche y lector y creador insigne hasta su término. Ludovico, amante de la filología y de los grandes poetas, juzgaba como dual la unidad de su hermano: “Tan semejante somos, hermano, que la vida con distintos puñales, nos dio la misma herida”.

El segundo quinquenio de la “década violenta”, se inició con *Papeles* y culminó cuando Ludovico dio a conocer *La plusvalía ideológica*, a punto de obtener el título, summa cum laude, de filósofo. *Papeles* fue revista extraordinaria donde se juntaron las voluntades del entonces secretario general del Ateneo y Miguel Otero Silva. El joven poeta y crítico, *chroniquer* y columnista, se carteó entonces con los grandes del *boom* (Vargas Llosa, Cortázar y, no lo preciso, Onetti, Fuentes y García Márquez), consolidó su amistad literaria con Thomas Merton y su devoción por Jorge Guillén, y persistió en lo que había sido una de las pasiones de Otero Silva en *El Nacional*, la presencia de Neruda y Alberti. Precisamente, la entrega de *Papeles*, donde apareció un poema de Alberti con ilustración de Régulo provocó hipócrita indignación en los círculos de la Venezuela oscurantista, con resonancia en revista a la cual se le atribuía patronazgo de la CIA; *Este & Oeste*, presuntamente editada en

París, Boulevard Haussmann, aunque en realidad -alegaban otros- se imprimía en Caracas, por orden del MRI. Este tramo de *Papeles*, unido a la incursión de Ludovico por los predios de la Escuela de Filosofía, donde el venerable García Bacca y algunos de sus discípulos, convertidos entonces en catedráticos, como Nuño, Riu y Vasquéz, eran los indiscartables, abrió y cerró el segundo ciclo venezolano de Ludovico Silva.

Como bien ha consignado María Teresa Castillo: “Aún recuerdo la rigurosidad con que comenzó a dedicarse al estudio de Carlos Marx justamente cuando se despidió de la revista *Papeles* y del Ateneo”.

Cuando Juan Nuño prologó *La plusvalía ideológica*, en 1970, no dejó de advertir que el “constructo intelectual” de Ludovico Silva, la plusvalía ideológica se relacionaba con lo que Adorno llamó “industria cultural”, pero con el añadido de que nuestro filósofo se adentraba en los mecanismos marxistas de la “teoría del valor”. Y en la “nota de autor” que Ludovico incluyó para explicar la génesis de la obra, agradeció a Nuño la corrección y ajuste de algunas articulaciones del concepto, a Federico Riu sus sugerencias y críticas, a Victoria de Stefano sus indicaciones sobre Sartre y el mismo marxismo, a Pérez Enciso la lectura implacable del texto y a Sonntag, la rectificación de ciertos puntos de vista. Y el agradecimiento de cierre iría para su mujer, Beatriz, figura que aparece y reaparece en sus poemas, entre ellos “Mis Beatrices”, escrito en octubre de 1978, mes (casi lo aseguro) de una de sus grandes crisis, encerrado en la habitación donde proliferaban uniformes blancos. De ese mismo mes (y aquí la poesía rompe el esquema cronológico de los tramos y períodos) es el poema que comienza así:

Un relámpago de oro en la conciencia

Me hace saber que he muerto para todos

Menos para mí mismo.

Pues bien, a partir de 1970 el marxismo, los ensayos sobre la cultura y los enfoques de la sociedad y sus cambios profundos invaden la obra de Ludovico Silva, no sin que por vía paralela dejaran de avanzar sus vehículos poéticos como *Piedras y campanas*, 1979; parte sustancial de *Cuaderno de la noche*, 1979 también; *Pararrayos celeste*, escrito en 1981, pero editado posteriormente y *La soledad de Orfeo*, cuya factura original es de 1961, aunque por haber sido corregido y perfeccionado a lo largo de diecinueve años, podría servir como demostración de su inclinación perfeccionista. *La soledad de Orfeo* concentra la poesía y el pensamiento con tenacidad de orfebre y con no oculto propósito de reivindicación del clasicismo, *terza rima* de por medio. En la “carta-prólogo” de Úslar, éste asentó que Ludovico iba en busca de Orfeo para cargarlo de todas las angustias del hombre de hoy, reflejando de paso su larga convivencia con la filosofía. Y en cuanto a “la rígida métrica dantesca”, lo sorprendente era “el martilleo del endecasílabo y de la *terza rima*” al que Ludovico supo liberar del ritmo repetitivo. “Señorío del lenguaje” vio en su obra Rafael Cadenas, aquel que después de *Falsas maniobras*, desnudó la palabra y a quien dedicó el poema “Lanza tu poesía”, en elogio de su ars poetica:

Lanza tu poesía como un puñal enérgico hacia la

realidad; ya verás como la realidad te la devuelve

Con mayor fuerza.

Después de esta fuga parentética hacia la poesía, ya de vuelta el teórico y el pensador, vale mencionar que en el mismo año 1979, dentro de la serie negra (ensayo) de Ediciones Bárbara, todas ellas contestatarias desde la portada hasta la contraportada, dio a conocer *Sobre el socialismo y los intelectuales*, “libro heterodoxo y antidogmático”. Allí cuestionaba, como en *La plusvalía ideológica*, el concepto tradicional de ideología, pues “las ideas de la ideología no son tales ideas, sino símbolos, imágenes, valores, creencias”.

Después, en 1971, vino *El estilo literario de Marx*, acerca del cual decía Jaime Labastida, de Siglo XXI, editora del volumen, y según testimonio de Orlando Araujo, que era “uno de los ensayos más originales que la editorial había lanzado”, y muy tenido en alto por el propio Ludovico y por la crítica italiana, incluida la opinión de Umberto Eco. Por esos caminos vivificantes del marxismo, dibujando un rostro de Marx distanciado del dogma, echó a andar otros libros como *Teoría y práctica de la ideología*, que en 1986 llevaba diecisiete ediciones, y *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, 1975, y poco antes, *Marx y la alienación*.

Formé parte del jurado que premió el *Anti-manual* y, además, me tocó su presentación, al mismo tiempo que de otro volumen, *De lo uno a lo otro*, “ensayos filosóficos-literarios”. Ese acto se realizó en los primeros días de agosto de 1975 y, lamentablemente, como la mayoría de mis papeles, mis elogios se han perdido en el tiempo. Algún reproche recibí, aunque tímido y sin respaldo oficial del Partido

Comunista, de un camarada obsesionado por las verdades (o mentiras) canónicas. No fue el único acto en que hube de expresar mi admiración por Ludovico, pues en otro realizado en la Librería Cruz del Sur, volví al terreno, visitado nuevamente en 1996 o 1997, a relativa distancia de su muerte.

Libros de los años ochenta, que fueron para los economistas la década perdida y para los amigos de Ludovico la década en que lo perdimos, significaron una bomba en el terreno de la gran controversia que legó Marx a sus seguidores, dogmáticos o rupturistas, orgánicos o disidentes: *La alienación en el joven Marx*, 1980; *Humanismo clásico y humanismo marxista*, 1983; *La alienación como sistema*, 1983; aparte de otros ensayos como *La interpretación femenina de la historia*, 1987 y *Filosofía de la ociosidad*, del mismo año.

Otros libros quedaron inéditos a la hora de su desaparición, pero quiso el *fatum* que su *Obra poética*, volumen que recogió lo que él consideraba indiscartable entre 1958 y 1982, saliera a la luz poco antes de su (in)esperada muerte. Esperada porque todos estábamos en cuenta de que el golpe se acercaba ya que su anuncio estaba en su poesía desde 1968, veinte años antes. Inesperada porque fue en la madrugada de un día de elecciones. Vecino suyo miraba yo a las 6 de la mañana del 4 de diciembre de 1988 el patio de la Escuela “Hermanos Martínez Centeno” y suponía que Ludovico desde lo alto estaría en lo mismo, frente al Ávila cuyas nieblas comenzaban a fugarse. Falso juego de imaginación. Poco después sonó el teléfono y la voz de Héctor me lo reveló todo: “¡Jesús, Ludovico murió!”.

Entre octubre y noviembre de 1968 había escrito él una serie de estremecedores poemas que, por extraño mecanismo me traen a la memoria, los que también en serie y también en crisis creadora, dejó Rafael José Muñoz en junio de un mal año. Los versos de aquel octubre-noviembre de 1968 aluden, en su mayoría, a la muerte. Uno del día 4 de noviembre comienza así: *No aguantar más la vida/ saberla un fardo oscuro sin sentido/ sobre una espalda inútil ya*. Otro, del día 3: *No amar a la muerte y sin embargo/ tenerla día a día detrás de mí como un sabueso*. Y por fin, veinte años exactos antes de morir, el 4 de diciembre, traspuestos ya el octubre febril y el noviembre de desconsuelo:

Silvestre y solitario

vuelvo a escribir en mi cuaderno

cosas

que ya no son más.

Y una década más adelante, otra serie de mortales anuncios, premoniciones y barajas marcadas a la que le dio el título sugerente de *Ante mortem*. En el introito (21 de octubre de 1978) no dejaba rendija para la duda: “He aquí los pocos restos vivientes de un largo naufragio. Después de diez años de muerte continua y dorada, ya sólo me queda por decir: Tengo un rincón, un pequeño rincón donde respirar. He vuelto a creer en la poesía, ¡o ella ha vuelto a creer en mí! (...). Escribir antes de la muerte es lo que verdaderamente puede hacer un poeta (...). La muerte reposa a mi

lado como una amante fiel, o como un trozo de oro olvidado. Yo la tomo en mis manos, y transformo a la amante en amada, y al oro lo transformo en palabras”.

Realmente, aquí debería cerrar yo esta evocación. Pero hay una escala *post mortem* que me apresuraré a mencionar: la recopilación de artículos antológicos (*Clavimandora*) con prólogo de Gabriel Jiménez Emán y el libro donde sus amigos y lectores ávidos juntamos testimonios (*Para recordar a Ludovico*), ambos posibles a la Beatriz sobreviviente.

¡Ludovico inmenso *ante mortem* y *post mortem*!